

# Nadie es profeta en su tierra

por DAVID MARIA TELLECHEA

Ahora que tengo la ocasión de volver a escribir para los renterianos, siento la necesidad de evocar el recuerdo de cierta revista que hubo en Rentería, en la que hice mis primeras armas como articulista aficionado y que, por desgracia, murió rápidamente cayendo en el olvido. Dicha publicación, de modesta concepción pero con un objetivo digno de elogio, no pudo sobrevivir a la indiferencia con que fue acogida. Su nombre, nostálgico y esperanzador: RUMBO.

Su creación fue idea de los dirigentes de la Congregación de San Luis Gonzaga, a la que pertenecemos casi toda la juventud renteriana. Sin embargo, no se pensaba en dar a «Rumbo» un carácter exclusivamente congregacionista, sino que en su radio de acción abarcara la totalidad de los habitantes de Rentería. En sus páginas asomarían jóvenes valores literarios, a la vez que personas baqueteadas en el ejercicio de la pluma prestarían su apoyo.

Con estas pretensiones y con una ganas enormes se confeccionó el primer número. Un frío domingo de invierno, apostados casi todos los «colaboradores» en las puertas de la Parroquia con un buen fajo de revistas bajo el brazo, comenzó la venta ofreciendo el primer número a la muchedumbre que salía de misa. Esta proseguía su camino en masa compacta. De vez en cuando, alguno se acercaba e inquiría a qué producto pertenecían aquellos folletos, y a ver si por

favor le podían dar uno. Después de explicarle que no era propaganda, sino una revista y que valía «un duro», se marchaba con una mirada entre despreciativa y burlona. De vez en cuando, algún conocido compraba una y nos daba una palmadita para animarnos. Así, hasta que finalizaron las misas y también nuestra paciencia, que aquel día sufrió una gran prueba, cayendo al fin vencida bajo el peso de una evidente indiferencia. Para conocimiento del lector diremos que la venta fue de unos 400 ejemplares.

Después vinieron las críticas, algunas halagadoras, mas la mayoría despectivas. Que si la mayor parte de los artículos carecían de calidad. Que si no había ninguna «foto». Que cinco pesetas era un robo, etc., etc.

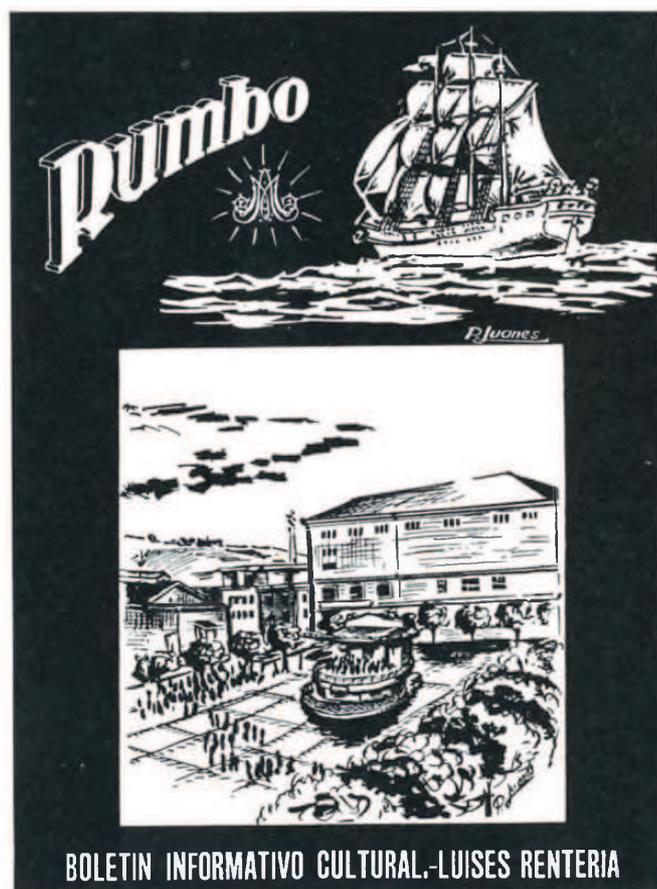
No voy a meterme a analizar la calidad de los artículos, pero sinceramente creo que no eran peores que los de cualquier revista del mismo tipo que circulan por distintos pueblos de la provincia. En cuanto a lo de las fotos, más vale no hablar, porque es indignante que se trate de sopesar la calidad de una revista por la cantidad y calidad de celuloide impreso que aparezca en ella. Además, hay que tener en cuenta que incrustar fotografías en sus páginas cuesta un ojo de la cara.

El precio no creo que fuera excesivo, habida cuenta de que cada ejemplar costaba en la imprenta 3,75 pesetas y que se vendieron aproximadamente la mitad de los que se hicieron. Con unas cuantas operaciones, muy sencillas, el lector interesado podrá enterarse del déficit sufrido por las arcas de la Congregación.

Se pensaba dar a la revista un carácter mensual, pero por una serie de factores, en los que el económico jugaba un gran papel, se decidió hacerla trimestral. Vieron la luz otros tres números y, al fin, como el déficit continuaba, no hubo más remedio que acabar con la exigua y penosa vida de «Rumbo».

Una de las cosas que más indignación nos producía era la crítica despiadada de que éramos objeto por medio de cartas anónimas. Nosotros, inexpertos al fin, hubiéramos agradecido que nos indicaran los puntos débiles de nuestra publicación, y tratar personalmente con quienes tuvieran la intención de ayudarnos. Mas de ahí a soportar frases despectivas y poco edificantes salidas del anonimato, había un abismo. Cierta día, para colmo, apareció un ejemplar lleno de tachaduras y frases dogmatizantes con relación a los trabajos publicados. La persona que lo hizo mereció nuestra repulsa, ya que además del «crimen» que hizo con la revista, se mantuvo agazapada tras la vergonzosa muralla del anonimato.

Y lo curioso es que, ahora, hay gentes que echan de menos en nuestra polifacética villa una publicación de aquel estilo, en la que la gente joven, con aficiones literarias, pudiera darse a conocer, alegando que en otros pueblos de menor prestigio cultural que el nuestro, existe. Desde luego está visto que Cristo puso el dedo en la llaga al afirmar que "nadie es profeta en su tierra".



Bilbao, Junio de 1963